

La calle para el miércoles 31 de agosto de 2011
Diario de un espectador
Calles y Pro
Miguel ángel granados chapa

En su novela-reportaje *El Jefe máximo*, que está ya en circulación, Ignacio Solares narra que Plutarco Elías Calles, ya en vísperas de su muerte, de regreso en México del exilio a que lo envió el presidente Cárdenas, dio en soñar con una de sus víctimas, el sacerdote jesuita Miguel Agustín Pro Juárez. Fusilado sin juicio en el cuartel de policía situado en la esquina de Victoria y Revillagigedo, en el centro de la ciudad de México, el padre Pro fue detenido por su participación en la guerra cristera y por su intervención en atentados que no cometió. Acaso por eso Calles tenía, por lo menos en la imaginación del autor, una culpa especial por su muerte. Helos aquí, encontrándose en la región de los sueños:

“La figura del padre Pro se fue destacando como una sombra chinesca proyectada en una pantalla, hasta que terminó por corporizarse plenamente. A Calles últimamente ya no le sorprendían sus apariciones y hasta las anhelaba, especialmente por lo enfermo que había estado y lo solo que se sentía. Casi podía ver a sus espectros como si en realidad no se trata de algo que le sucedía a él mismo, sino de un acertijo pleno de trascendencia.

¿No era la vida una representación dramática que de pronto se convertía en farsa?, pensaba. Eran esas sesiones espiritistas, a las que asistía cada semana, parte de la farsa? Qué importaba. Le era suficiente comprobar lo que había en ellas de consuelo, algo evidente, para sentirse satisfecho de, al final de su vida, haber descubierto un trozo de verdad. (Verdad que le permitiría morir en paz, por más que, lo sabía, si existiera la vida después de la vida, le esperaba el espantoso purgatorio que le había descrito Álvaro Obregón, en el que tendría que confrontarse con cada una de las personas a las que mandó matar, o lastimó, qué horror. ¿O serían las apariciones ya parte del purgatorio que le esperaba?. Pero aún ese purgatorio era preferible a la Nada, la disolución total en la que por alguna extraña razón nunca podido creer.

--¿De qué se me va a disfrazar el día de hoy, padre Pro? --preguntó, conociendo su afición a los disfraces, con los que jugaba, y lo confrontaba, cada vez que lo veía. Porque aún ahora está usted representando, ¿no es así?

El padre Pro se arrellanó en un sofá, frente a Calles, en una actitud de lo más relajada.

--Yo siempre estaba representando, general. A veces a solas conmigo mismo representaba mi papel de sacerdote elegido, imagínese si no ante los demás. Yo también, como usted, tuve que hacer una buena representación para ocultar mis dudas. ¡Las dudas del padre Pro! ¡Qué hubiera sido de mi

pobre pueblo si se entera! Y bueno, la santidad es una de las representaciones más difíciles –se llevó un índice, muy reflexivo, a la barbilla. Pero le aseguro que esas dudas son inevitables en el momento anterior en que se alcanza la plenitud o, para decirlo cultamente, aquello que los filósofos llaman absoluto y los alquimistas transustanciación.

--Yo no llegué a tanto, pero también tuve que ser un buen actor para representar el papel de un Jefe máximo que decidía, impávido, sobre la vida o la muerte de la gente.

--Puede que tenga usted razón de que su papel tuvo que haber sido de lo más difícil y desgastante. Ahora que lo recuerdo, el general Obregón regresó a Sonora a dedicarse a labores de agricultura” Y allí lo visitó el embajador japonés Y sabremos qué le dijo..